

Director: José María González . **Redactor jefe:** Héctor Gregorio . **Consejo de redacción:** Álvaro Gangoso, Álvaro Simón, Isaac Merenciano, José María Ausín, Guillermo Díez.

Colaboradores: Guillermo Ara, Adrián León y Sergio García.

Fotografía: Alfonso Blanco y Cathopic.

Correctores: Álvaro Simón Marco y Álvaro Solé. Agradecimientos a Raúl Berzosa y al padre Javier Alonso.

Diseño, maquetación e impresión: Image Print. **Edición: Seminario Conciliar de Madrid** San Buenaventura, 9. 28005 Madrid Tel: 91-364-49-00 Fax: 91-364-28-82 **Depósito Legal:** M-40915-1995



Con Dios la vida nunca muere

Plaza de San Pedro, vacío desolador. El silencio imperante en las calles es roto por la lluvia que cae copiosamente. El mundo vive un momento singular, la pandemia atemoriza nuestras vidas. Es viernes 27 de marzo de 2020. El Papa Francisco imparte la bendición "Urbi et Orbi" con carácter extraordinario para hacer frente a la pandemia del coronavirus. El mundo escucha atentamente al Pontífice, millones de personas están sedientas de palabras de esperanza. Una frase cala en todos los corazones: "Con Dios la vida nunca



muere". Junto a los médicos, enfermeras y personal sanitario, sacerdotes, religiosas, padres y un largo etcétera de personas están entregando sus vidas por los demás, vidas escondidas en la humildad y sencillez de su trabajo. Ejemplos de entrega que hacen suyas las palabras del Maestro: "Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15,13).

La entrega y fidelidad a Cristo es lo que más define a un sacerdote. Una entrega que no se improvisa, sino que se va labrando en el día a día del seminario. Oración, estudio, formación, convivencia y pastoral nos van forjando para entregar nuestras vidas libremente. En este camino nos vemos iluminados por el testimonio de tantos que transmiten la fuerza de la fe y la verdadera alegría, y nos recuerdan que la vida no termina con la muerte. Ejemplos desde el cielo como nuestros compañeros mártires o San Isidro. Pero también grandes pastores que plasman en sus vidas la entrega valiente y generosa, como nuestro querido arzobispo don Carlos, o la gran familia de trabajadores del seminario, cuya labor es muy necesaria para nuestra formación.

Una entrega generosa que encuentra un gran referente en San José, el santo del silencio, protector de la Iglesia, los sacerdotes y los seminaristas; y al cual le pedimos por la dolorosa situación de Ucrania, la cual no nos es ajena porque cuando un miembro sufre, todos sufren con él (cf. 1 Co 12, 26). A él encomendamos el fin de la guerra y el triunfo de la paz sobre el odio y la división.

Sumario

- 2. EDITORIAL
 - Con Dios la vida nunca
- 3. LA VOZ DEL RECTOR

Sacerdotes al servicio de una Iglesia en camino

4. CRÓNICA

Veinticinco años de entrega episcopal

- 5. ACTUALIDAD EN IMÁGENES
- 6. TESTIMONIOS

Vivir la entrega

9. REPORTAJE

Un año jubilar. Un año de gracia. Un año de bendición.

10. VIDA ESPIRITUAL

Elogio de la ausencia

- 12. SEMINARIO MENOR
- 14. REPORTAJE

¿Hay límite en la entrega de vida a Cristo?

15. NOVEDADES

¡Conoce a los seminaristas!

16. CONTRAPORTADA

Sagrada Familia de los Estudiantes





"Sacerdotes al servicio de una Iglesia en camino"

La solemnidad de San José indica también la celebración del "Día del Seminario". Esta ocasión es propicia para poner de manifiesto que el seminario es tarea de toda la Iglesia, para mostrar nuestra cercanía y aprecio por cada seminarista, para orar por ellos y colaborar en la medida de nuestras posibilidades, de modo que estos jóvenes a los que el Señor ha llamado puedan responder con generosidad a la misión de servir a la Iglesia que peregrina en este mundo. El lema de este año "Sacerdotes al servicio de una Iglesia en camino" nos recuerda que, como sugiere el proceso sinodal en el que estamos inmersos, los sacerdotes no somos llamados para estar solos. Nos recuerda también que el seminario ha de ayudar a los seminaristas a valorar tanto la importancia de la comunidad como la necesidad de vivir una sana fraternidad.

A lo largo del proceso formativo los seminaristas van reconociendo cómo su vocación es un don de Dios, tanto para su persona como para toda la Iglesia. En su vida hay muchas personas que han contribuido a que reconozcan el don de la llamada del Señor y, a través de ellas, han ido comprendiendo cuál es la ciencia de la vida: "amar es entregarse". En estos años también van experimentando que la respuesta al Señor no es sólo fruto de su empeño sino, sobre todo, bendición del Señor. Él es quien va capacitando para responder con alegría y generosidad. En este camino de entrega sacerdotal es un estímulo la vida entregada de tantas personas que hacen posible la vida en nuestro seminario, de tantos fieles cristianos y de tantos sacerdotes que sirven a sus hermanos y a la Iglesia.



Seminaristas destinados en el Hospital Clínico San Carlos con el capellán don Javier Alonso

Uno de estos testigos es nuestro cardenal arzobispo don Carlos, con el que celebramos el pasado

22 de febrero su XXV aniversario de ordenación episcopal. Su vida, su ministerio, su cercanía y solicitud pastoral por nuestro seminario nos ayudan a seguir respondiendo al Señor cada día, queriendo hacer de nuestra vida una ofrenda, tal como reza su lema episcopal: "Per Christum et cum Ipso et in Ipso" ("Por Cristo, con Él y en Él"). El día de su aniversario nos dijo:

«Queridos seminaristas (...): sois esperanza para este pueblo y para la Iglesia. Os invito a crecer y a fortalecer vuestra vida en este proceso de formación desde una comunión afectiva y efectiva a la Iglesia y con vuestro obispo. Cerca de Dios, cerca del obispo, cercanía entre vosotros, muy cerca de la misión de la Iglesia. Esta es la única manera de ser hombres de Dios que dan esperanza, crean futuro desde Dios y sirven a la Iglesia fundada por Jesucristo...».

¡Muchas gracias don Carlos! ¡Que el Señor le siga fortaleciendo en la misión!

Por último, a todos los que nos sostenéis con vuestra oración, colaboración y entrega, os agradecemos vuestra fidelidad. Pido también a Dios todopoderoso, rico en misericordia y siempre generoso con nosotros, que junto a todos los benefactores de nuestro seminario "seamos colmados de gracia y bendición".





Veinticinco años de entrega episcopal

Con mucha alegría la Iglesia diocesana de Madrid celebraba los 25 años de episcopado de nuestro cardenal arzobispo, don Carlos Osoro. Los seminaristas hemos tenido ocasión de acompañarle en la Misa de acción de gracias y tener algún encuentro con él.

En la Misa de acción de gracias, la homilía fue sentida, pronunciada desde el corazón, haciendo un recorrido por sus destinos pastorales y por las distintas realidades eclesiales y humanas que se ha encontrado y en las que actualmente se desarrolla su ministerio. De la homilía y de su propio testimonio que, especialmente los seminaristas hemos podido escuchar, podemos extraer todos algunas amables lecciones, empezando por el que escribe.

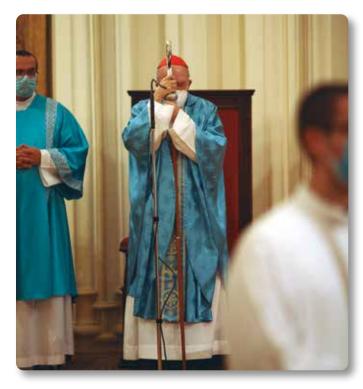
- La centralidad del Señor. El Obispo es pastor participando del ministerio de aquel que es el Buen Pastor. Impresionaba escuchar el horario que se había preparado don Carlos en su confinamiento por Covid-19, donde la oración personal y la relación directa con el Señor presente en el Sagrario ocupaba más de cinco horas de su jornada. Esa relación, pensaba yo, es esencial para adquirir conciencia de ser voz de otro, de no predicarse a uno mismo. De esta intimidad amistosa con el Señor, consciente de ser "amigo del Esposo", mana todo el ejercicio pastoral. Me impactó mucho escuchar a don Carlos en algún momento que, por la noche, deja sus insignias episcopales (la cruz pectoral y el anillo) junto al Sagrario... ¡es un signo tan elocuente!
- Siempre "con Pedro y bajo Pedro". Lo ha repetido múltiples veces. Tres han sido los Papas que le han nombrado para diferentes destinos pastorales y a los tres ha seguido y obedecido y en comunión con los tres ha ejercido su ministerio. Siempre viene bien recordar que es Pedro, y no otro, el que gobierna la Iglesia en sus sucesores y que la comunión y unión al Papa es, precisamente, en virtud de su ministerio petrino. Un testimonio que ayuda a elevar la mirada y ser consciente de que te nombre Juan Pablo II, Benedicto XVI o Francisco uno se pone en marcha porque al que sigue es a Cristo. Como decía don

Carlos: "Ya te llame en Santander, Orense, Oviedo, Valencia o Madrid".

 Preocupación total por el Pueblo de Dios. Casi me atrevo a decir que este punto es culmen y afirmación de lo anterior. Si el ejercicio pastoral no se ejerce como una prolongación de la relación con Jesucristo y si no se ejerce en comunión con la Iglesia, no seríamos más que pequeños marqueses de nuestro pequeño territorio. Por eso, la cercanía con el Pueblo de Dios es también confirmación de la relación con el Señor. Cómo emociona escuchar a un obispo hablar de las mil y una batallas en las que se ha visto metido con la preocupación de "ganar almas" y "meter ovejas al redil". Es habitual escuchárselo a don Carlos, en público y en privado: "Soy el obispo de todos. Es más cómodo atender solo a los de tu línea, pero no somos cristianos de "estufa", sino que estamos llamados a encontrarnos con todos los hombres, sin excepción".

¡Ojalá nuestra misión se vea alentada por el ejemplo de los pastores "que huelen a oveja"!

Felicidades, don Carlos, por sus veinticinco años al servicio de la Iglesia.





Solemnidad de la Inmaculada Concepción



Adoración de los martes



Ministerios de acólito y lector



Preparación del día del seminario



Oración por la unidad de los cristianos



Vigilia de oración por la paz en Ucrania





Vivir la entrega



José María con sus compañeros Álvaro y Guillermo

José María Ausín. Comunidad de San Egidio y residencia de Cáritas Valvanera

"Yo no tengo que cambiar el mundo, yo tengo que hacer lo que Dios quiera"

Dentro del orden que rige la vida del seminario, la formación está llena de matices, contrastes y propuestas variadas. Tenemos clases, estudiamos entre semana y recibimos formación humana también los sábados. Pero los viernes y domingos salimos a aprender lo que ni libros ni conferencias pueden enseñar. Lo nombramos con el tecnicismo de pastoral social, pero es como una clase práctica. Nuestros maestros son aque

clase práctica. Nuestros maestros son aquellos que han comprendido que la vida hay que vivirla por y para los demás y por eso quieren compartirla con los más desfavorecidos. Y nosotros, aprendices -como en todo lo demás- en el arte de servir a los pobres, dedicamos dos momentos cada semana a colaborar con distintos proyectos sociales.

Yo tengo la suerte de poder hacerlo cada siete días en la comunidad de San Egidio y en la residencia de Cáritas Valvanera. La experiencia de repartir cenas a personas necesitadas los viernes por la noche y acompañar a enfermos la mañana de los domingos está suponiendo una oportunidad única. Como futuros sacerdotes tenemos que aprender a amar con una entrega total a todos, pero creo que es algo que difícilmente se puede enseñar de

manera teórica. En este sentido yo he aprendido varias cosas...

La caridad no es cuestión de un ratito, sino que, cuando entras en la dinámica de aprender a reconocer la llamada de los necesitados, entiendes la urgencia de manos que ayuden y corazones que amen. Las necesidades de todo tipo son inabarcables. Yo vuelvo a dormir al seminario, pero los pobres a los que hemos hecho compañía un rato se quedan en la calle y continúan solos.

A la vez, descubro aquí riqueza de la Iglesia, que llena de carismas diversos, llega a todos los rincones, atendiendo a todo tipo de personas que atraviesan una situación de necesidad. Y

además del orgullo de formar parte de esta cadena de eslabones sencillos que sirven sin desmayo, comprendo algo muy valioso: yo no tengo que cambiar el mundo, yo tengo que hacer lo que Dios quiera, que se concreta en lo que la Iglesia me proponga como destino pastoral. Allí volcarme y, en todo lo demás, reconocer y agradecer que haya muchos otros que me aventajan enormemente en el camino de la entrega de la vida. Catedráticos de la caridad sin birrete, porque para acercarse a los pobres siempre hay que descubrirse, pues en ellos está Cristo.



Preparando las bolsas de comida







por Guillermo Díez

Guillermo con el equipo del hospital

Guillermo Díez. Fundación Instituto San José "¿Qué se puede decir a una persona que se está muriendo, cuando no has pasado tú por eso?"

Este año, a mi compañero Carlos Tejedor y a mí, en lugar de a una parroquia, nos han ofrecido un nuevo reto pastoral: servir en la Fundación Instituto San José en Carabanchel. Este Hospital lo llevan los Hermanos de San Juan de Dios. Allí nos encargamos cada domingo, de asistir y acompañar a los enfermos que están en la unidad de cuidados paliativos y en la unidad de personas con discapacidad intelectual y física.

Realmente no resulta nada fácil atender a personas que están en los últimos momentos de su vida y acompañar a sus familiares. ¿Qué se puede decir a una persona que se está muriendo, cuando no has pasado tú por eso? ¿Y a un familiar que no entiende por qué su ser querido tiene que padecer ese cáncer? Lo único que queda es la escucha. Dios nos regaló dos orejas y una boca, no al revés. Por algo será ¿no? Estoy descubriendo que escuchar verdaderamente es capaz de sanar a cualquier persona que tiene un problema. Tener a alguien que está ahí, que te reconoce, que te valida y por el cual te sientes reconocido, sobre todo en el momento en el que más se necesita y que te brinda su cariño...eso no tiene **precio.** Y eso es lo que creo que define a un buen cristiano, alguien que se preocupa por el hermano, que sabe escuchar y escucha para acompañar en las alegrías y en las penas.

Fijémonos en el mundo de hoy: en su mayoría es un mundo sordo, encerrado en sí mismo. He descubierto que cuando se trata con enfermos, es imprescindible mostrar una cercanía cariñosa, esto es, hablar poco, escuchar mucho, tender cariñosamente la mano, decir lo justo y mirar siempre a los ojos. Esta cercanía provoca una actitud de ternura espiritual y misericordiosa, que es la que Dios tiene siempre con nosotros.

Me acuerdo de Nieves, la mujer de un paciente con cáncer que desahogaba todas sus penas conmigo. También está Juan Antonio, que nunca dejó de luchar intensamente por su vida durante varias semanas. Y esa mirada, los ojos llorosos de Mario, que me apretaba la mano y con una voz muy tenue decía "Gracias", tras decirle que rezaría por él.

Todo ese amor, ¿de dónde viene? ¿Qué se puede llevar a un hospital cuando no se puede quitar la enfermedad? Creo que sólo un corazón enamorado, lleno de misericordia es capaz de entregarse al vacío profundo y tristeza que muchos experimentan. Como dice San Juan de Dios: "Si conociéramos lo grande que es la misericordia de Dios, nunca dejaríamos de hacer el bien mientras pudiésemos". ¡Eso es! Poder ser misioneros que brinden una mirada de esperanza sabiendo que todo saldrá bien, que la muerte no tiene la última palabra, sino el amor incondicional. Así es: Nieves, Juan Antonio, Miguel, Rosario...tantos maestros de la vida, ¡tantos nombres que brotan en mi corazón y por los que doy gracias a Dios!



La cercanía del encuentro



Álvaro Gangoso. Hogar del Inmaculado Corazón de María

"¿Cómo es posible sonreír encontrando sufrimiento a diario?"

"Tengo sed." Estas palabras de Cristo crucificado son las que movieron a santa Teresa de Calcuta a dejarlo todo y adentrarse en los suburbios más oscuros con un único fin: saciar la sed del amor de Dios que tienen los pobres de alma y cuerpo.

Como venimos haciendo desde hace años, algunos seminaristas estamos yendo semanalmente al Hogar del Inmaculado Corazón de María. Esta es la residencia de las Misioneras de la Caridad donde acogen a personas en grave situación de exclusión. ¿Qué se vive ahí? Cualquier palabra parece que empequeñece lo que allí sucede y de lo que so-

mos testigos. Estos pobres han sido mirados por su Padre del Cielo y han sido salvados ya en esta vida por pura misericordia. Esta última palabra, misericordia, la he experimentado escandalosamente entre las misioneras de la caridad con una novedad que jamás imaginé: La miseria humana abrazada por el Corazón de Cristo. Los hombres que allí viven son personas que han cometido errores, tomado malas decisiones o no han tenido grandes oportunidades. La pobreza, los vicios y el pecado han truncado sus vidas, a muchos de ellos hasta ser dependientes para las necesidades más básicas a edades muy tempranas ¡hombres

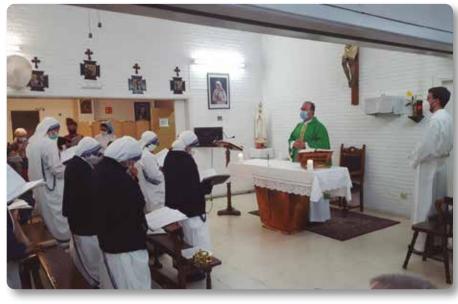


Álvaro con Rafael, residente en el Hogar. "La paz comienza con una sonrisa" (Sta. Teresa de Calcuta)

que podrían ser mi padre!, algunos perdiendo la razón hasta ser inocentes como niños -tal vez esto les haya salvado-.

En una sociedad de descarte estas son vidas aparentemente fallidas, pero por puro amor se han encontrado con la dulce sonrisa de Dios. Esta sonrisa gratuita se refleja en el rostro de las hermanas misioneras. ¿Cómo es posible sonreír encontrando sufrimiento a diario? ¿Cómo es posible sonreír sin tener vacaciones, sin salario, en la incertidumbre de cada día, sin reconocimiento ni aplausos, sin bienes ni comodidades? Sencillamente porque Cristo pobre les sonríe en los po-

bres. No cuidan de enfermos de VIH, ni de vagabundos, ni de inmigrantes o expresidiarios, tampoco de ancianos o enfermos mentales, sencillamente cuidan del mismo Cristo, lavan a Cristo, alimentan a Cristo, ríen con Cristo... Y nosotros, seminaristas, estamos teniendo la inmensa fortuna de participar de ese encuentro, de ser un lápiz en manos del Padre y aliviar una parte del sufrimiento que soportan nuestros semejantes, de asistirles y disfrutar juntos de la belleza de la vida que, a pesar de las noches oscuras, siempre encuentra motivos para alzar con fe los ojos al Cielo y agradecer.



Celebración eucarística con las Misioneras de la Caridad





Un año jubilar. Un año de gracia. Un año de bendición

ste doce de marzo se han cumplido nada menos que cuatrocientos años de la canonización de santa Teresa de Jesús, san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier, san Felipe Neri y san Isidro Labrador. Todos ellos tienen algo que decirnos, todos nos tocan de cerca.

por **Héctor Gregorio**

El que más cerca podemos encontrar es a san Isidro. Y no sólo porque sus restos mortales estén en el mismo centro de Madrid -en la basílica que Ileva su nombre- sino porque es un santo de la puerta de al lado, de la vida diaria, de lo cotidiano. Un santo que nos recuerda que se puede vivir la caridad en el trabajo... y también en la familia, como hizo junto a su mujer y a su hijo ambos también santos, santa María de la Cabeza y san Illán - .

Con motivo de la declaración del año santo jubilar de San Isidro por parte del papa Francisco, el cardenal don Carlos Osoro escribía una carta en donde señala que «al contemplar a los santos, v

en concreto a san Isidro Labrador, vemos la gran estela de luz con la que Dios ha atravesado la historia. ¡Qué luz nos entrega este santo del siglo XII! ¡Qué luz irradió en todos los continentes donde está presente su memoria!»

San Isidro vivió teniendo siempre presente al Señor, en todo momento y circunstancia, y por ello es patrón no sólo de la ciudad en la que vivió, sino también del oficio que ejerció y de quienes lo ejercen: los agricultores y, también de los ingenieros agrónomos. Es un nexo entre la vida del campo y la vida de la ciudad, alguien a guien bien podemos tener presente en este tiempo en que, parece, se nos ha olvidado que la vida surge de la tierra y no del asfalto.

Aprovechemos esta ocasión para no quedarnos mirando al suelo, ni siquiera a la tierra; sino para, con san Isidro, vivir en oración: de Madrid... al cielo.







Elogio de la ausencia

¿Adónde te escondiste, amado?

Nadie como Juan de la Cruz ha sabido condensar en una línea el drama que hierve en el corazón de todo cristiano: la ausencia física de Jesús. Y digo drama, porque es una lucha que se da en todo corazón que quiere ser amado y amar al Amor mismo. ¿Quién puede decir lo contrario? ¿Quién no se ha planteado una relación afectiva con Jesús sin afrontar esta realidad?

Resulta curioso que la primera pregunta que le hacen los discípulos a Jesús nada más encontrarse con él es: «Maestro, ¿dónde vives?» (Jn 1,38). El poeta místico parece responderla poniendo en boca del Esposo del Cántico la siguiente canción:

Vuélvete, paloma, que el ciervo vulnerado por el otero asoma

Aquel que te ha herido de su amor, ha quedado "vulnerado" de amor por ti. A menudo podemos creer que somos nosotros los que buscamos a Jesús, que sólo nosotros tenemos ese ardiente deseo de su presencia, de encontrarnos con Él. Pero la propia experiencia nos demuestra que no, que nadie desea más ese encuentro que Él mismo.

"Por el otero asoma". Esta ausencia física de Jesús nos ayuda, a mi parecer, a desarrollar una acogida desinteresada, no queriendo poseerle, dominarle, sino recibir su dársenos en esta ausencia. El ciervo asoma por el otero, pero no debe ser cazado, domesticado, sólo podemos dejarnos mirar por él. La vivencia positiva de esta ausencia comienza por sabernos mirados, en este "asomarse" propio de él.

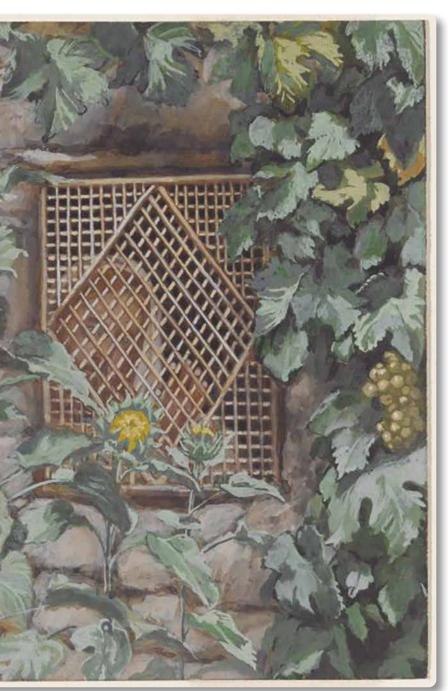
Una ausencia que es también prueba de fidelidad, de maduración afectiva, que nos ayuda a ir a lo esencial, a agudizar la mirada. La ausencia se convierte en una fragua donde se acrisola nuestra entrega generosa, que ha pasado por el fuego de la caridad, de sabernos antecedidos por su amor. Vamos atisbando que, en nuestra relación con Jesús, sólo basta la experiencia de sabernos amados por él, sin buscar consuelo o



confirmación alguna de su amor, y dedicarnos a amar, como dice el místico: "ya sólo en amar es mi ejercicio".

La constante presencia de Jesús, escondida pero cierta, no como evidencia sensible sino como evidencia de fe, nos lleva a abrazar un ámbito fundamental de nuestra vida: la soledad.

La soledad -que experimenta toda persona sobre la tierra-, se convierte en "sonora" según



do tras la celosía" J.Tissot

San Juan de la Cruz, porque sólo acallando los sentidos que se pierden en el infructuoso afán de ver, escuchar, agarrar y poseer a Jesús; haciendo silencio sensible, en lo profundo de nosotros descubrimos el susurro suave de la brisa, "el silbo de los aires amorosos", que nos recuerda que es una soledad habitada. Sólo es perceptible para aquel corazón que echa raíces y crece junto al manantial de la fe.

Esta ausencia física de Jesús, por la fe, se supera en la presencia del hermano, el afán posesivo del primer momento se convierte en entrega fecunda. Reconocer su presencia en el prójimo, sufrir con él, servirle, ayuda a disipar toda ausencia.

Vivir esta ausencia positiva nos capacita para salir al encuentro de tantos hombres y mujeres que viven una ausencia negativa, que viven sin saberse mirados por Dios, o incluso sin Él. La luz que despunta tras haber pasado por "la noche sosegada en par de los levantes de la aurora" puede iluminar la oscuridad de los que viven sin Dios.

En la medida en que aprendamos a vivir esta ausencia física de Jesús, podremos ser luz con nuestro testimonio de vida para aquellos que sufren una ausencia negativa. Puede ser un buen termómetro que nos ayude a descubrir cómo vivimos la relación con el prójimo, si estamos disponibles o nos escaqueamos a la hora de afrontar sus necesidades. Quizá también podemos correr el riesgo de ensimismarnos en la ausencia de Dios, y desentendernos de nuestra presencia respecto al prójimo.

En este mundo en el que seguimos hoy a Jesús, caracterizado por estar enfermo de individualismo, en que la sociedad se convierte en un inmenso archipiélago de personas aisladas y sumergidas en una soledad que destruye por dentro, los discípulos de Jesús debemos desarrollar una faceta de todo bautizado, la de ser puente. Nuestra misión es la de tender

puentes, entre las innumerables islas, viviendo nuestro ser hijos de Dios, ayudando a todos a descubrir lo que nos une y nos implica los unos en la vida de los otros.

En definitiva, ayudar a descubrir o redescubrir a nuestros contemporáneos que, como hemos dicho al principio, Dios está empeñado en encontrarse con ellos.



"Entregar la vida cada día con ellos y por ellos y para Cristo"

Ci para un sacerdote ya es poco habitual ser formador de un seminario, menos frecuente es serlo de un seminario menor. En esta ocasión nos dirigimos a Jorge e Iñaki, formadores del Seminario Menor de Madrid, para que nos cuenten en unas pocas palabras cuál es su experiencia en esta misión tan particular.

mucho de ellos, ... algo he aprendido en este arte de educar acompañándolos. Educar a adolescentes siempre es un reto porque siempre piden de ti, te "exigen" en el sentido de que necesitan un referente. Siempre se fijan en lo que haces y dices en cualquier momento; ya estés cansado, alegre, agobiado, pletórico. Es una gran exigencia

Lo más normal para un sacerdote es estar en una parroquia. ¿Cómo vives esta forma de entregar la vida tan particular como lo es formar a adolescentes con inquietudes vocacionales? Iñaki: Pues, honestamente, con mucha alegría. Es una misión agotadora pero preciosa. Es un privilegio enorme poder vivir en comunidad con otro sacerdote ocho chavales maravillosos que se toman la vida en serio y para los que el Se-



La comunidad del Seminario Menor

ñor es alguien muy importante. Dios sabrá lo que quiere de ellos, pero es muy bonito verlos rezar, crecer, servir... es una suerte enorme la que tenemos.

Jorge: Ciertamente lo nuestro es estar en una parroquia. De hecho, así estábamos Iñaki y yo. Sin ir más lejos, yo estaba en la parroquia de Santa María de Nazaret cuando don Carlos me envió al seminario menor. No me lo terminaba de creer. pero al igual que fui a la parroquia con mucha confianza y el Señor no me defraudó, también esta vez confié en la Iglesia y, en efecto, he vuelto a descubrir en el Seminario Menor como el Señor cumple siempre su promesa. No tenía ni idea de formar adolescentes, pero poco a poco equivocándome, conviviendo con ellos, aprendiendo

y responsabilidad personal el hecho de ser esa figura necesaria a la que siempre tienen puestos los ojos para aprender. Pero, sobre todo, es un privilegio ser formador del Seminario Menor porque continuamente puedo aprovecharme de esta situación, en el sentido de poder crecer con ellos; un crecimiento que es algo muy bonito para mi ministerio.

¿Qué aprende sobre su entrega sacerdotal un formador de un seminarista menor?

Iñaki: Los chicos tienen un ritmo de vida muy intenso y el tiempo que pasan con nosotros (de lunes a viernes) lo viven a tope. Uno aprende a no perder el tiempo, a no quejarse y, sobre todo, a tomarse la vida con buen humor. También voy







comprobando en ellos que la fuerza para afrontar la vida viene de la relación con el Señor; ¡y la de alguno de ellos es muy profunda!

Jorge: Aprendemos mucho. En primer lugar, la vida comunitaria en el Seminario Menor me viene muy bien porque, he pasado de estar acostumbrado a ir a mi aire en la parroquia, a volver otra vez al seminario, y esto siempre ayuda a ajustarse a unos horarios, aunque pueda ser incómodo. A la vez es un reto porque los chicos siempre te están exigiendo, como decía, sacándote de una comodidad que pudiera parecer que el cuerpo pide con los años. Su ser adolescente no te permite acomodarte para nada, como nos pide el Señor en el Evangelio. La exigencia se concreta en una entrega diaria de la vida gracias a las incomodidades mencionadas que se convierten en una oportunidad continua de aprendizaje. Este no conformarse con nada de los chicos, el guerer vivir entregados plenamente, el deseo que llevan de guerer entregar la vida exige de Iñaki y de mí la misma entrega plena. Estas son algunas de las cosas que aprendo cada día: no acomodarme y entregar la vida cada día con ellos y por ellos y para Cristo.



Un momento de diversión

Considerar el sentir, no solo de los formadores, sino también de alguno de los seminaristas nos ayuda a intuir el significado y el valor profundo de la existencia de estos seminarios. Para ello Julio nos ha abierto su corazón de manera sencilla respondiendo a unas simples preguntas.

¿Qué aporta en tu día a día, en tu fe, el hecho de estar conviviendo con otros 6 chicos con inquietudes vocacionales como tú?

Julio: Me da tranquilidad saber que no soy el único loco que se arrodilla frente a un trozo de pan, y me da confianza ver con ellos, que efectivamente no estoy equivocado siguiendo este camino. Además, aumenta mi fe ver como Dios transforma la vida de personas de mi edad.

¿Qué aprende un seminarista menor de sus formadores en la comunidad?

Julio: Aprendo el servicio inmediato, el salir de uno mismo para ayudar a los demás, la entrega, la amabilidad, el trabajo duro, el amor que guía la corrección, a enseñar y a expresar ese cariño paterno y, lo más importante, aprendo a descifrar mi vida y a ver qué me está pidiendo Dios cada día.



"¿Hay límite en la entrega de vida a Cristo?"

ntregar la vida por Cristo es ser imagen transparente de su Persona. Es hacer de nuestra voluntad la voluntad del Padre, como Cristo hizo, para dejar que Él transforme nuestras vidas. Entregar la vida es imitar a Cristo "hasta el extremo" (Jn 13, 1). Pero, ¿cuál es ese extremo?

Uno de los mayores testimonios de entrega de la vida por amor a Jesucristo y de máxima fide-

lidad al Evangelio, es el testimonio de los mártires. Estos santos hombres y mujeres, que durante toda la historia de la Iglesia han sido venerados, son aquellos que imitaron a Cristo hasta el extremo, hasta la muerte, "y una muerte de cruz" (Flp 2,8). Son personas que no sólo llevaron una vida virtuosa, sino que "padecieron con Cristo y han sido glorificados con Él" (Cf. CEC, 1173).

La historia de los mártires no es la de unos héroes, ni la de unos extremistas que sufrie-

ron la muerte por una ideología. Es la historia de aquellos que, enamorados de Cristo y llenos de deseo de entregarse a Él, dejaron que sus vidas fueran testimonio vivo de la victoria de Jesucristo sobre la muerte. Sin buscar la muerte, sin odiar, sin pedir venganza, ellos dejaron que ardiera en su corazón el deseo de entregarse por Cristo y para Cristo. Como el Maestro, derramaron su sangre sobre la tierra siendo su mayor dolor el pecado de sus verdugos, por quienes rezaban en el momento de su muerte. Esta entrega es el vivo ejemplo de cómo el amor vence al odio, de cómo el acto más cruel que puede realizar el hombre es transformado por Cristo en el mayor gesto de amor jamás conocido, en una participación amistosa en la misma Pasión de Jesucristo porque "nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos" (Jn 15, 13).

Los mártires no entregaron su vida con pena y desesperanza, sino todo lo contrario. Descubrimos en ellos una profunda paz que es fruto de las palabras con las que Cristo nos alienta: «Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por



Detalle de la X estación del Via Crucis de Raúl Berzosa

mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo» (Mt 5, 11-12). Un fiel testigo de estas palabras es San Ignacio de Antioquía: de camino al martirio no pedía libertad, sino fidelidad hasta el final, hasta su verdadero "nacimiento".

Sugiero que pidamos cada día la gracia de poder entregar la vida por Cristo, de la manera que Él quiera. Que unidos a Él por el amor, nos mantengamos alegres y fieles a Jesucristo; sabiendo que, si nos llega el tan cruel y a la vez feliz destino del martirio, nuestra sangre será "semilla de nuevos cristianos". Encomendemos también la vida de todos aquellos que hoy son perseguidos para que permanezcan en Cristo sin límite.

¡Conoce a los seminaristas!



Etapa propedéutica



Etapa discipular



Etapa configuradora



Etapa pastoral



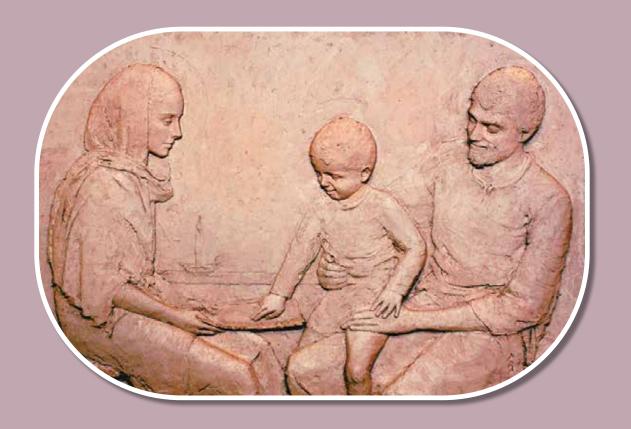
Día del Seminario



Nuestro Seminario depende de las ayudas de mucha gente como tú. Si quieres colaborar puedes hacer una aportación mensual o anual para los gastos de un seminarista.

|Muchas GRACIAS por tu generosidad!

Llama www.seminariomadrid.org/ayudanos



Sagrada Familia de los Estudiantes

El siguiente relieve pertenece a la parroquia de San Juan Crisóstomo, que se halla en una zona de universidades y colegios mayores, por lo que es frecuentada por muchos estudiantes. Es por ello por lo que el párroco don Fernando Simón, buscaba una imagen a la que ellos pudieran acudir para encomendar sus estudios y exámenes.

La artista y feligrés Matilde Olivera plasmó sus indicaciones en esta magnífica Sagrada Familia, donde San José y María están enseñando a leer al Niño Jesús, José lo sujeta en su regazo, María sostiene las Sagradas Escrituras, y el niño, divertido, atiende a lo que se le enseña. Un momento sencillo y cotidiano, donde todo habla, todo tiene un sentido. El silencio y el esfuerzo en el estudio se une al trabajo de la casa del "Hijo del Carpintero".

Esta imagen recuerda las palabras de San Pablo VI sobre Nazaret, "la escuela del Evangelio, la escuela de iniciación para comprender la vida de Jesús. Aquí se aprende de observar, a escuchar, a meditar, a penetrar en el sentido, tan profundo y misterioso, de aquella simplísima, humildísima, bellísima manifestación del Hijo de Dios"

En este Año de la Familia iniciado por el Papa Francisco, pedimos que cada familia pueda vivir su propia vocación a la santidad en la Iglesia como una llamada a ser protagonista de la evangelización, al servicio de la vida y de la paz, en comunión con los sacerdotes y todo estado de vida.